

NOSOTROS

¿Por qué Zamiatin en 1991? Porque este refinado escritor ruso, calificado por Trotski de “snob flemático” en Literatura y revolución, es prácticamente desconocido en México. Porque este ingeniero naval que, a juicio de Trotski, tenía, al igual que Blok, Pilniak, Esenin e Ivanov, una “actitud romántica, pasiva, contemplativa y filistea hacia la revolución”, escribió *Nosotros* doce años antes que Aldous Huxley publicara *Un mundo feliz* y veintinueve años antes que George Orwell entregara a las prensas 1984, y es justo rendir un homenaje, aunque sea tardío, al novelista que por primera vez desmontó los mecanismos de la utopía totalitaria.

¿Por qué reactivar la crítica al totalitarismo después del hundimiento del imperio soviético y de la caída del muro de Berlín? Al margen de acontecimientos históricos siempre reversibles y de un nuevo orden mundial en muchos aspectos desordenado, que no inspira confianza e impide, por lo tanto, la certidumbre de que el totalitarismo es un asunto del pasado, está el imaginario magistral de un escritor que nunca publicó *Nosotros* en la URSS y murió en París, en 1937, a los 53 años.

Su escritura no es, evidentemente, ni pasiva ni contemplativa. Tampoco es romántica. Sí es, en cambio, una escritura opuesta a la revolución que convirtió la disidencia en enfermedad mental. Es, también, la escritura que va de Pushkin a Tolstoi y que se renueva con Soljenitzin y Ierofiev.

¿Por qué Ierofiev? Porque es una muestra representativa del presente y del porvenir de las letras rusas. Porque este autor censurado en la URSS hasta 1989 no es ajeno a una tradición que se descubre presente en su tradición literaria al descubrir nuevos horizontes para las letras rusas. Ierofiev es el símbolo de un despertar al final de la utopía totalitaria. ◇

Nota 1

Un anuncio. La más sabia de las líneas.

Un poema

No hago más que transcribir, palabra por palabra, lo que publica esta mañana el *Diario Nacional*:

La construcción del *Integral* acabará en 120 días. Una gran fecha histórica está próxima: aquella en la que el primer *integral* iniciará su vuelo por los espacios infinitos. Hace mil años que nuestros heroicos ancestros redujeron toda la esfera terrestre al poder del Estado Único; una hazaña todavía más gloriosa nos espera: la integración de las inmensidades del universo por el *Integral*, formidable aparato eléctrico de vidrio que escupe fuego. Nos corresponde someter al yugo benéfico de la razón a todos los seres desconocidos, habitantes de otros planetas, que tal vez se encuentran aún en el estado salvaje de la libertad. Si no comprenden que nosotros les aportamos la felicidad matemática y exacta, es nuestro deber forzarlos a ser felices. Pero antes que cualquier otra arma emplearemos la del Verbo.

En nombre del Bienechor se anuncia lo que sigue a los números del Estado Único:

Todos aquellos que se sientan capaces están obligados a componer tratados, poemas, proclamas, manifiestos, odas, etc, para celebrar las bellezas y la grandeza del Estado Único.

Esta será la primera carga que transportará el *Integral*.
Viva el Estado Único. Vivan los números. ¡Viva el Bienechor!

Escribo esto con las mejillas encendidas. Sí, se trata de integrar la grandiosa ecuación del universo; se trata de desanudar la curva salvaje, de enderezarla siguiendo una tangente, siguiendo la asíntota, siguiendo una recta. Y esto porque la línea del Estado Único es la recta. La recta es la grande, precisa, sabia, es la más sabia de las líneas.

Yo, D-503, constructor del *Integral*, no soy sino uno de los matemáticos del Estado Único. Mi pluma, acostumbrada a las cifras, no puede fijar la música de las asonancias y de los ritmos. Me esforzaría para escribir lo que veo, lo que pienso, o, más exactamente, lo que nosotros pensamos (precisamente: nosotros, y NOSOTROS será el título de mis notas). Estas notas serán un producto de nuestra vida, de la vida matemáticamente perfecta del Estado Único. Si es así, ¿no serán un poema en sí mismas y esto, a pesar de mí? No lo dudo, estoy seguro.

Escribo esto con las mejillas encendidas. Lo que siento es sin duda comparable con lo que siente una mujer cuando, por primera vez, percibe en ella las pulsaciones de un nuevo ser, desmedrado y ciego. Soy yo y al mismo tiempo no soy yo. Todavía será preciso alimentar esta obra con mi savia y con mi sangre durante largas semanas para, en seguida, separarme de ella con dolor y depositarla a los pies del Estado Único.

Pero estoy listo, como cada uno, o mejor aún, como casi cada uno de nosotros. Estoy listo.

Nota 2

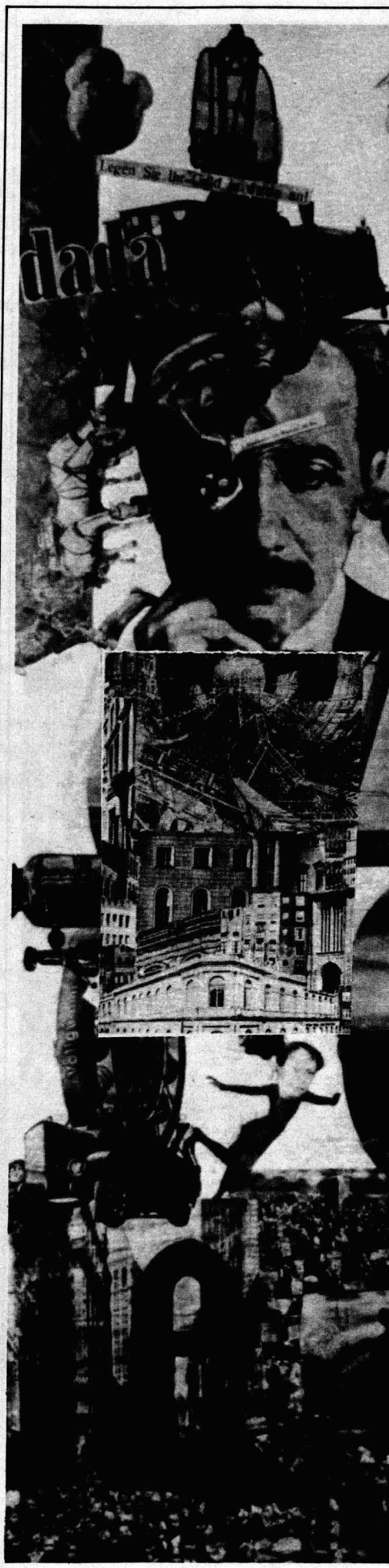
El ballet. La armonía cuadrada. El X

Estamos en primavera. De atrás del Muro Verde, de los llanos salvajes y desconocidos el viento nos aporta el polen amarillo y meloso de las flores. Este polen azucarado seca los labios, sobre los cuales hay que pasar la lengua a cada instante. Todas las mujeres con las que se encuentra uno deben tener los labios azucarados (y los hombres también, naturalmente). Esto perturba un poco el pensamiento lógico.

Pero, por el contrario, ¡qué bello cielo! Es azul, libre de la menor nube (¡hasta qué punto los antiguos debían tener un gusto bárbaro como para que sus poetas se inspiraran en esos volúmenes vaporosos, informes y simples que se apretaban estúpidamente unos contra otros!). Amo y estoy seguro de no equivocarme si digo que nosotros amamos solamente este cielo irreprochable y estéril. En días como éste el mundo entero parece salido del mismo molde eterno e impassible que el del Muro Verde y el de todos nuestros edificios. En días como éste percibe uno la profundidad azul de las cosas y ve sus ecuaciones sorprendentes, las cuales hasta entonces se nos habían escapado, aun en los objetos más familiares y más cotidianos.

He aquí un ejemplo. Esta mañana me encontraba sobre el dique en donde se construye el *Integral* y examinaba las máquinas. Las bolas de los reguladores giraban ciegas, inconscientes, los pistones centelleantes oscilaban a derecha y a izquierda, el balancín funcionaba soberbio sobre su eje y el cincel de la torre chirriaba al ritmo de una tarantela maravillosa. Entonces comprendí toda la música, toda la belleza de este ballet grandioso, inundado por un ligero sol azul.

“¿Por qué esto es bello?”, me preguntaba. “¿Por qué la danza es bella?” Porque es un movimiento *forzado*, porque el sentido profundo de la danza reside precisamente en la obediencia absoluta y extática, en la falta ideal de libertad. Si es verdad que nuestros ancestros se consagraron a la danza en los momentos más inspirados de sus vidas





(en el curso de los misterios religiosos, de las revistas militares) es sólo porque el instinto de la coacción siempre ha existido en el hombre. Nosotros, en nuestra vida actual, sólo entrevemos...

Acabará más tarde: el tablero acaba de hacer oír su disparador. Levanto la vista: es O-90, naturalmente. Ella estará aquí en medio minuto: viene a buscarme para un paseo.

¡Querida O! Siempre me ha parecido que se asemejaba a su nombre. Le faltan aproximadamente diez centímetros para tener la Norma Maternal, y por esto da la impresión de ser totalmente redonda. Su boca rosa, que parece una O, se entreabre para encontrar cada una de mis palabras. Tiene un pliegue redondo en las muñecas como los niños.

Cuando entró el volante de la lógica aún resonaba en mí y su fuerza viva me hizo hablar de la fórmula que acababa de establecer, en la cual entrábamos todos: nosotros, las máquinas y la danza.

—Es maravilloso, ¿no? —pregunté.

—Sí, es maravilloso, es la primavera —respondió O-90 mientras me dedicaba una sonrisa rosa.

—He aquí: ¡la primavera! “¡Ella habla de la primavera! ¡Las mujeres!...” Me callé.

Abajo, el bulevar estaba lleno. Con este tiempo la Hora Personal que sigue a la comida generalmente se vuelve la hora del paseo complementario. Como de costumbre, la Fábrica Musical dejaba oír por todos sus altavoces el Himno del Estado Único. Los números, centenares, millares de números en unifis¹ azuláceos, con una placa de oro sobre el pecho que lleva el número nacional de cada uno y de cada una, marchaban en filas mesuradas de cuatro en cuatro, y marcaban triunfalmente el paso. Y yo, o más bien nosotros formábamos una de las innumerables olas de esa poderosa corriente. Yo tenía, a mi derecha, a O-90 (si uno de mis ancestros velludos de hace mil años escribiera esto, probablemente la designaría con esta palabra ridícula: “mía”), y a mi izquierda dos números desconocidos, femenino y masculino.

El cielo magníficamente azul, los minúsculos soles en cada una de nuestras placas, los rostros no oscurecidos por la demencia de los pensamientos, todo parecía hecho de una sola materia luminosa y sonriente. El ritmo cobrizo resonaba: “tra-ta-tam”. Esos “tra-ta-tam” son marchas de bronce resplandecientes al sol, y con cada marcha se eleva uno cada vez más alto, en el azul vertiginoso...

Bruscamente, al igual que esta mañana sobre el dique, volví a comprender, como por primera vez en mi vida comprendí todo: las calles impecablemente rectas, el vidrio de las aceras rociado por destellos, los divinos paralelepípedos de las habitaciones transparentes, la armonía cuadrada de las filas de números gris-azul. Tuve entonces la impresión de que no habían sido generaciones enteras, sino yo, sólo yo, quien había vencido a los Dioses y a la vieja vida, y que era yo el que había construido todo esto; me sentía como una torre y temía mover el codo por miedo a que los muros, las cúpulas, las máquinas no se desplomasen en migajas...

Después di un salto hacia atrás por encima de los siglos. Recordé (era inobjetablemente una asociación de ideas por contraste) un cuadro en un museo. Representaba un bulevar del siglo XX, abigarrado hasta el punto de intoxicar a uno, lleno de una multitud, de ruedas, de animales, de carteles, de árboles, de colores, de pájaros... ¡Y dicen que esto verdaderamente existió! Me pareció tan inverosímil, tan absurdo que no me pude contener y estallé en risas.

Inmediatamente, a la derecha, escuché una risa. Volví la cabeza hacia ese lado y unos dientes puntiagudos, extraordinariamente blancos, me sorprendieron. Era el rostro de una desconocida.

—Disculpe —dijo ella—, pero usted mira todo lo que le rodea de manera tan inspirada como el dios del mito el séptimo día de la creación. Está usted seguro, me parece, de que usted, y no algún otro, me creó también. Estoy muy halagada.

Todo esto lo dijo sin una sonrisa y, me atrevería a decir, con cierto respeto

¹ Esta palabra viene, es verosímil, de la vieja palabra “uniforme”.

(es posible que sepa que soy el constructor del *Integral*). Pero tenía en los ojos y en las cejas no sé que X extraño e irritante que yo no podía apresar y convertir en ecuación.

Me turbé mucho y, enredándome un poco, comencé a explicar mi risa.

—Es evidente que este contraste, este abismo infranqueable entre los que hoy y los de entonces...

—No, ¿por qué infranqueable? (¡Qué dientes tan puntiagudos y blancos tiene!) Se puede construir un puente sobre un abismo. Piense un poco: los tambores, los batallones, las filas apretadas existían desde aquella época y, por lo tanto...

—Por supuesto, es claro —exclamé.

Era una transmisión de ideas totalmente sorprendente: ella expresaba, casi con mis propias palabras, lo que yo había comenzado a escribir antes del paseo... Hay que ver que aun las ideas se parecen. Y somos a tal punto semejantes porque nadie es "uno", sino "uno entre", "uno de" nosotros...

Ella prosiguió:

—¿Está usted seguro?

Percibí sus cejas levantadas hacia las sienes que formaban un ángulo agudo como las jambas del X. Me volví a turbar y eché una mirada a derecha e izquierda, y...

A mi derecha tenía a la desconocida, fina, cortante, flexible como un látigo (I-330, descubrí su número); a mi izquierda O, totalmente diferente, toda ella redondeces, con el pliego carnoso que tienen los niños en el puño. En la otra extremidad de nuestro grupo se encontraba un número macho, que se parecía a la letra S y estaba como replegado sobre sí mismo. Éramos todos diferentes...

La otra, la de la derecha, la I-330 vio mi mirada turbada y dijo con un suspiro:

—Sí... ¡ay!

No la impugno, pues era una cosa totalmente justa, pero había en su rostro o en su cabeza algo. Entonces le respondí con un tono que no era habitual en mí:

—No hay "¡ay!". La ciencia se desarrolla y es del todo evidente que, si no de inmediato, al menos dentro de ciento cincuenta años...

—Aun las narices...

—Sí, aun las narices —exclamé—. Dado que todavía hay una razón para envidiar... yo tengo una nariz que parece un botón; otro, una nariz que parece...

—Admito que su nariz es aún un poco clásica, como se decía antaño: pero sus manos... No, enséñeme un poco sus manos.

—No puedo soportar que miren mis manos. Están todas cubiertas de pelos, son totalmente velludas, por un atavismo absurdo. Extendí la mano y dije, con un tono tan desenvuelto como fue posible:





-Son manos de simio.

Ella echó una mirada a mi mano, y luego a mi rostro.

-No, concuerdan de manera totalmente curiosa.

Me pesaba con los ojos como una balanza. Las jambas del X se dibujaron una vez más en el ángulo de sus cejas.

-Está inscrito para mí -exclamó alegremente la boca rosa de O-90.

Hice un gesto. Esto, en realidad, estaba totalmente fuera de lugar. Esta querida O... Cómo decir... la velocidad de su lengua está mal regulada; esta velocidad debe tener siempre un retraso de un poco menos de un segundo sobre la velocidad del pensamiento y en ningún caso se le debe adelantar.

En el extremo del bulevar la campana de la Torre Acumuladora anunció sordamente las diecisiete horas. La Hora Personal había acabado. I-330 se alejó con el número macho en forma de S. Tiene un rostro respetable y, ahora me doy cuenta, no me es desconocido. Lo encontré en alguna parte, no me acuerdo en dónde.

-Al despedirse, I me sonrió de manera enigmática.

-¡Vaya pasado mañana al auditorio 112!

-Levanté los hombros:

-Si soy convocado en ese auditorio...

-Lo será -dijo con una seguridad incomprensible.

Esa mujer actuaba sobre mí tan desagradablemente como una cantidad irracional e irreductible en una ecuación. Estuve contento de quedarme un momento solo con la querida O.

Pasamos tomados del brazo cuatro hileras de bulevares. En un recodo ella debía tomar a la derecha y yo a la izquierda.

-Me habría gustado ir a verlo hoy y bajar las cortinas. Precisamente hoy, de inmediato...

Hablaba tímidamente levantando hacia mí sus ojos redondos de un azul de cristal.

Es graciosa. ¿Qué podía decirle? Me vino a ver ayer y sabe tan bien como yo que nuestro próximo día sexual no cae sino pasado mañana. He aquí otro caso en el que su lengua se adelanta a su pensamiento, de la misma manera que a veces la chispa estalla antes en un motor (en ocasiones en perjuicio de su funcionamiento).

Al dejarla dos veces, no, seré exacto, tres veces besé sus ojos azules maravillosos, limpios de la menor nube.

Nota 3

La chaqueta.- El Muro.- Las Tablas

Al recorrer lo que escribí ayer me doy cuenta de que mis descripciones no son suficientemente claras. Ciertamente, son bastante claras para cualquiera de nosotros, pero es posible que no lo sean para ustedes, desconocidos, a quienes el *Integral* aportará mis notas, y que no han leído el libro de la civilización sino hasta la página en donde se detuvieron nuestros ancestros hace mil años. ¿Es posible aun que no conozcan ciertos elementos como las Tablas de las Horas, las Horas Personales, la Norma Maternal, El Muro Verde, el Bienechor? Me parece a la vez gracioso y muy difícil hablar de todo esto. Es como si un escritor de un siglo pasado, del XX si quieren, hubiera sido obligado a explicar en sus novelas lo que es una "chaqueta", "un apartamento", "una mujer". Si su novela hubiera sido traducida por los salvajes, ¿habría podido evitar notas explicativas a propósito de la palabra "chaqueta"?

Estoy seguro de que el salvaje, después de haber considerado la "chaqueta", habría debido decirse: "¿Para qué sirve esto? No es más que una molestia." Estoy seguro de que el lector tendrá el mismo pensamiento cuando le haya dicho que, después de la Guerra de Doscientos Años, ninguno de nosotros ha franqueado el Muro Verde.

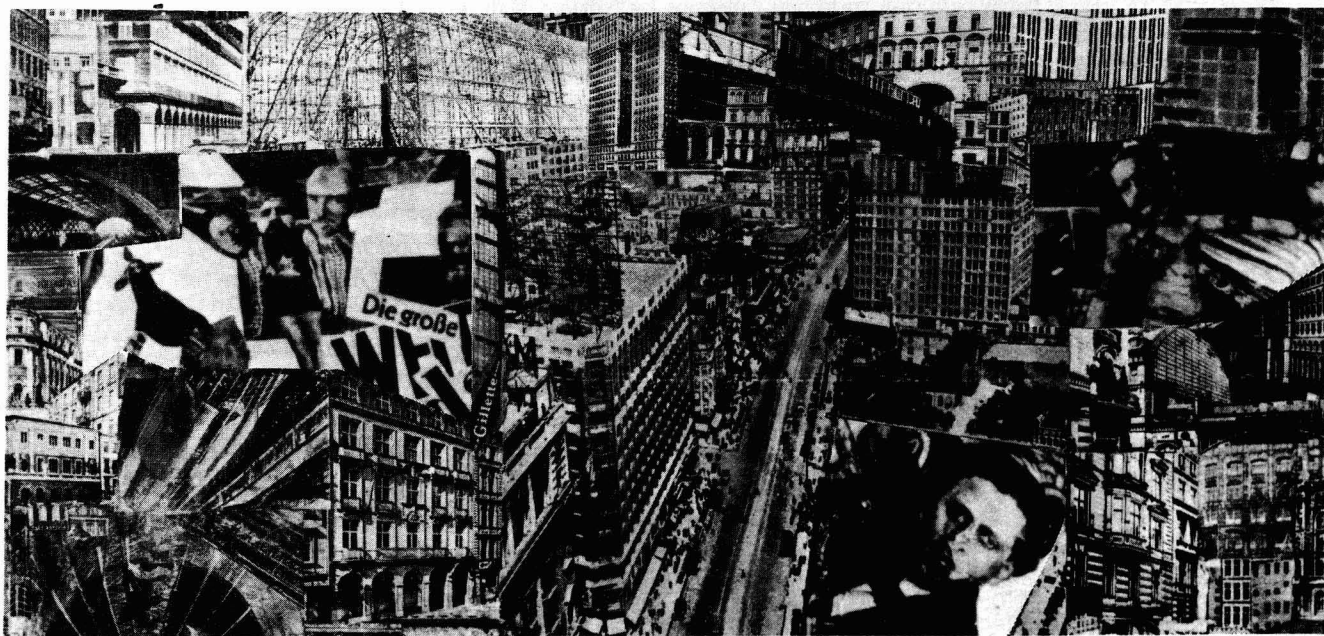
Sin embargo, queridos lectores, reflexionen un poco, pues esto ayuda mucho. Es muy simple: toda la historia de la humanidad, hasta donde la conocemos, no es sino

la historia del paso de la vida nómada a una vida cada vez más sedentaria. ¿No se sigue de esto que la forma de vida más sedentaria (la nuestra) es al mismo tiempo la más perfecta? Los hombres no han viajado de un lado al otro del mundo sino en las épocas prehistóricas, en los tiempos de las naciones, de las guerras, del comercio, del descubrimiento de las dos Américas. ¿Quién, actualmente, tiene necesidad de todo eso?

Me doy cuenta de que el hábito de esta vida sedentaria no fue adquirido sin pena, ni de un solo golpe. Cuando, en los tiempos de la Guerra de los Doscientos Años, todos los caminos fueron destruidos y recubiertos de hierba, vivir en ciudades separadas una de otra por inmensidades de verde pareció al principio muy incómodo. ¿Pero después? Después que el hombre perdió su cola no aprendió en un día a esparitar las moscas sin ayuda de ésta y, sin embargo, ¿se puede imaginar ahora con una cola? O bien, si se quiere, ¿puede representarse desnudo, sin chaqueta, en la calle? (Puede que aún sienta que su cuello parece hundido entre los hombros a causa de esa vestimenta.) Es exactamente la misma cosa para mí: no puedo representarme la ciudad sin estar rodeada del Muro Verde, no puedo imaginarme una vida que no recubran las vestimentas cifradas de las Tablas.

Las Tablas... Pegadas al muro de mi cuarto, sus cifras púrpuras sobre fondo dorado me miran con un aire a la vez severo y tierno. Me recuerdan, pese a mí, eso que antaño se llamaba el "ícono", y me dan ganas de componer versos, plegarias, cosa que equivale a lo mismo. ¡Ah! ¡Qué pena que no soy poeta para cantar como lo merecen, oh Tablas, corazón y pulso del Estado Único!

Nosotros, todos, y tal vez usted también, hemos leído, cuando éramos niños, en la escuela, el más grande de todos los monumentos literarios antiguos que ha llegado hasta nosotros: el "Indicador de los Ferrocarriles". Pónganlo al lado de las Tablas y tendrán el grafito y el diamante. Los dos están constituidos de la misma materia, de carbono, ¡pero el diamante es transparente y eterno! ¡Y cómo brilla! ¿Quién es aquel que no contiene la respiración cuando lee el "Indicador"? Pues bien, las Tablas de las Horas han hecho de cada uno de nosotros un héroe épico con seis ruedas de acero. Todas las mañanas, con una exactitud de máquinas, a la misma hora y en el mismo minuto, nosotros, millones, nos levantamos como un solo número. A la misma hora y en el mismo minuto, nosotros, millones a la vez, comenzamos nuestro trabajo, y lo acabamos al mismo tiempo. Fundidos en un solo cuerpo con millones de manos, nos llevamos la cuchara a la boca en el segundo fijado por las Tablas; todos, en el mismo instante, vamos a pasear, nos dirigimos al auditorio, a la sala de los ejercicios de Taylor, nos abandonamos al sueño...



Seré franco: todavía no hemos resuelto el problema de la felicidad de manera totalmente precisa. Dos veces por día, a las horas fijadas por las Tablas, de diez y seis a diecisiete horas y de veintiuna a veintidós horas, nuestro poderoso y único organismo se divide en células separadas. Son las Horas Personales. A esas horas algunos han bajado juiciosamente las cortinas de sus cuartos, otros recorren reposadamente el bulevar marchando al ritmo de los cobres, y otros están sentados a la mesa, como yo en este momento.

Se me tratará tal vez de idealista y de fantasioso, pero tengo la profunda convicción de que, tarde o temprano, también encontraremos un lugar para esas horas en el tablero general, y que un día los 86400 segundos entrarán en las Tablas de las Horas.

Tuve la oportunidad de leer y de escuchar muchas historias increíbles sobre los tiempos en que los hombres aún vivían en libertad, es decir en un estado inorganizado y salvaje. Lo que siempre me ha parecido inverosímil es esto: por primitivo que haya sido, ¿cómo es posible que el gobierno de entonces haya podido permitir a la gente vivir sin una regla análoga a nuestras Tablas, sin paseos obligatorios, sin haber fijado horas exactas para las comidas! Se levantaban y se acostaban cuando querían, y algunos historiadores aun pretenden que las calles estaban iluminadas toda la noche y que toda la noche se circulaba.

Es una cosa que no puedo comprender. Por turbada que haya estado su razón, la gente no debía, sin embargo, dejar de darse cuenta de que una vida así era un verdadero asesinato de toda la población, un lento asesinato que se prolongaba día con día. El Estado (por un sentimiento de humanidad) había prohibido el asesinato de un solo individuo, pero no había prohibido el asesinato progresivo de millones de individuos. Era criminal matar a una persona, es decir disminuir en cincuenta años la suma de vidas humanas, pero no era criminal disminuir la suma de vidas humanas en cincuenta millones de años. Esto provoca la risa. Cualquiera de nuestros números de diez años es capaz de comprender en treinta segundos este problema de moral matemática, mientras que todos sus Kant reunidos no eran capaces de comprenderlo: ninguno de ellos pensó jamás en establecer un sistema de ética científica, basado en operaciones aritméticas.

¿No es absurdo que el gobierno de entonces, dado que tenía el descaro de llamarse así, haya podido dejar la vida sexual sin control? Cualquiera, cuando se le antojaba... Era una vida absolutamente acientífica y bestial. La gente producía niños a ciegas, como animales. ¿No es extraordinario que ellos, que practicaban la jardinería, la cría de aves, la piscicultura (sabemos de fuente segura que conocían esas ciencias), no hayan sabido elevarse lógicamente hasta el último peldaño de la escalera: la puericultura? Jamás pensaron en lo que llamamos las Normas Maternal y Paternal.

Lo que acabo de escribir es a tal punto inconcebible y ridículo que temo, desconocidos lectores, que me tomen por un gracioso de mal gusto. Van a creer que quiero simplemente tomarles el pelo contándoles pamplinas en un tono serio. Sin embargo, yo no soy un bromista, pues en toda broma la mentira desempeña un papel oculto y, por otra parte, la Ciencia del Estado Único no puede equivocarse. ¿Cómo podían hablar de lógica gubernamental cuando la gente vivía en el estado de libertad en el que están sumergidos los animales, los simios, el ganado? ¿Qué podían obtener de ellos cuando, aun en nuestros días, un eco simiesco se escucha aún de tiempo en tiempo?

Pero, por fortuna, esto no ocurre sino raramente y se trata de una pequeña cuestión que hay que poner a punto, y es fácil remediarla sin detener la marcha eterna de toda la Máquina. Para reemplazar la chaveta torcida tenemos la mano hábil y poderosa del Bienhechor, tenemos el ojo ejercitado de los Guardianes...

A propósito, recuerdo haber visto al tipo curvado como S que encontré ayer, salir varias veces de la Oficina de los Guardianes. Esto me explica el respeto instintivo que sentí por él y mi malestar cuando esa extraña I, en su presencia... Hay que reconocer que esa I...

Llaman a dormir, pues son las veintidós horas y media. Hasta mañana. ◇